

UN LIBRO DE DESCUBRIMIENTO DE AB

# El viaje



KITA SPARKLES

# El viaje

## Capítulo 1 - El Plan

Puedo verte haciendo un ligero puchero por el rabillo del ojo. Sé que quieres que te mire y vea ese puchero y, sin duda, esos ojos de Bambi, así que tengo cuidado de evitarlo la mayor parte del tiempo. Al final te aburres y saltas de la silla a la cama, mirando dentro de mi maleta y suspirando dramáticamente con autocompasión.

"Solo son unos días", digo, intentando no sonreír y menospreciar tus esfuerzos. Me miras con recelo y veo que intentas determinar si esa sonrisa era real o no.

" Pero pronto será mi CUMPLEAÑOS ", dices con tristeza.

Tu cumpleaños es dentro de más de una semana, y solo estaré ausente por 3 días, pero ya has hecho los cálculos en tu mente para ver si hay alguna forma posible en que pueda retrasarme lo suficiente como para perderlo y llegar a una respuesta positiva aparentemente.

"Hada bebé, podría *conducir* todo el camino de regreso y aún tendría tiempo de sobra para tu cumpleaños", le explico.

Meto unos pañales en la maleta y, por un instante, veo una sonrisa dibujarse en tus labios. Sin embargo, en cuanto sientes mi mirada, la sonrisa se desvanece y vuelves a lamentarte.

"Pero me voy a aburrir", dices. "Y no habrá nadie que me cambie, ni que me bañe, ni *nada* ".

Eso no es del todo cierto . No vivimos lejos de tu hermana, y sabes que Beckah vendrá a cuidarte cuando se lo pidamos, pero

suenas muy triste. Te miro a la cara y me miras con esos ojos de Bambi de infarto .

“ Oooh ...” Sabes que nunca puedo resistirme, y solo para asegurarme, abres un poco más los ojos. “No puedo faltar a la reunión”, digo. Parece que se te va a romper el corazón hasta que continúo: “¿Pero por qué no vienes conmigo?”

Se te ilumina la cara. “¿Podemos hacer eso?”, preguntas.

No veo por qué no. Llamaré para conseguir un billete ahora mismo, y también llamaré al hotel para cambiar la reserva. Luego puedes llamar a Beckah a ver si viene a alimentar a los gatos mientras no estamos.

“¡De acuerdo!”

Ahora estás realmente saltando arriba y abajo en la cama, con el pañal crujiendo y pasando instantáneamente de triste a emocionado.

“Prepara la maleta mientras hago esto”, te digo, y al instante vas a buscarla. Llamo y te consigo otro billete de avión sin problema, alegando que eres un niño para que me salga más barato. Arrastras la maleta hasta nuestra habitación mientras llamo al hotel.

“Necesito cambiar mi reserva a dos”, digo. “Así es, uno es un niño. Ah, ¿los niños se alojan gratis? ¡Genial!”. Ya estás mirando, interesado en lo que digo. “¿Tienen cunas?”, pregunto.

Te quedas boquiabierta. “¡ *No lo harías* !”, susurras con urgencia. Eso, por supuesto, es todo el aliento que necesito.

“Sí, necesito una cuna”, le digo a la señora del teléfono. Cruzas los brazos y me lanzas tu famosa “mirada amenazante”, que te niegas a creer que te hace parecer más guapa.

"Lo tenías planeado desde el principio", me acusas mientras cuelgo el teléfono. En realidad, no lo tenía planeado, pero no te hará daño creerlo.

*Qué* tenías planeado desde el principio?", pregunto inocentemente, levantando las manos y encogiéndome de hombros. No respondes, pero empiezas a empacar, y me río mientras intentas meter un paquete entero de Pampers en la maleta. "¿Por qué no los ponemos en la pañalera?", digo, sacándolos de la maleta.

"¿Tenemos que traer eso?" te quejas.

"Bueno, claro, ¿qué pasa cuando necesito cambiarte el pañal si no tenemos una bolsa de pañales?", pregunto.

—Bueno, supongo —dices de mala gana.

La mayoría de las veces te encanta la pañalera, pero a veces te da vergüenza. Tiene a tu personaje favorito de Winnie the Pooh, Tigger. Nunca sé si te gusta más él o Elmo, que aparece en tus pañales.

Empiezo a preparar la pañalera mientras vigilo tu equipaje. A veces sueles llevar suéteres cuando viajamos a Florida, o mangas cortas cuando viajamos a Nueva Inglaterra, pero esta vez lo estás haciendo bastante bien. Meto los pañales, dos biberones, tu chupete favorito, Fluffy (tu gatito de peluche), un cambiador, toallitas, talco y aceite para bebé (que me odiarías si me olvidara) en la pañalera. Como último detalle, saco uno de los biberones y lo reemplazo por un vasito con boquilla.

Una hora más tarde, después de tu baño, estamos acurrucados juntos en la cama descansando un poco antes del viaje de mañana.

## Capítulo 2 - El viaje en avión

Nos sentamos juntos esperando el avión. Me pregunto por qué siempre dicen que hay que llegar dos horas antes para el vuelo cuando solo significa que hay que esperar una hora y media en la puerta de embarque. Ya has estado recibiendo muchas sonrisas y guiños de desconocidos (sobre todo de gente mayor) desde que te puse hoy una linda camisa de Princesas Disney y una falda con volantes, y lo has llevado muy bien.

A pesar de todo tu buen comportamiento, no recibirás ninguna recompensa cuando subamos al avión.

"¡Vaya, eres una cosita preciosa!", grita una azafata, levantándote y tomándote completamente por sorpresa.

Está usando esa voz falsa que usan quienes no saben tratar con niños cuando están cerca de ellos. Puedo ver claramente que te reprimes para no responder con sarcasmo. Después de todo, te he dicho que tienes que intentar mantenerte *en el personaje*, y eres una buena actriz.

"¿Cuántos años tienes?", pregunta el dependiente, con otra sonrisa empalagosa. Pienso rápido.

Tiene tres años. Cumplirá cuatro en un par de semanas.

Te doy la edad de juego, aunque pareces un poco mayor. A la mayoría de la gente no le costaría creer que tienes siete años, y me habría gustado haberlo dicho hasta que pienso en la bolsa de pañales que llevo llena.

"¿Cuatro? ¡Ay, ya eres grandecita, ¿verdad?", dice.

Se nota que te cuesta no poner los ojos en blanco, y también pienso que esta mujer no debe tener hijos. Miro su mano izquierda y no veo ningún anillo de bodas. "Fue inteligente de tu parte ponerla de nuevo en pañales para el vuelo", me dice. "La mayoría de los padres no piensan en cosas prácticas como esas".

Te miro de reojo y puedo ver que estás a punto de gruñir por esto.

“Eh... sí, mi mujer siempre recuerda cosas prácticas como esa”, digo.

Esto parece funcionar, ya que te tranquilizas un poco y la asistente se acerca para ayudar a alguien más. Más tarde, cuando trae bebidas para todos, estoy a punto de poner la tuya en un biberón, pero veo que aún te duele el orgullo, así que la pongo en un vasito con boquilla.

Faltaba una hora para aterrizar cuando noté que te movías un poco en el asiento. Esto suele significar una cosa, así que meto la mano bajo tu falda y compruebo. Efectivamente, necesitas cambiarte el pañal. Me miras con aire de disculpa .

“Lo siento, papá, no pude aguantar más”. Como llevas bastante tiempo usando pañales las 24 horas del día, no me sorprende.

Después de asegurarme de que esté libre, agarro la pañalera con una mano, te tomo de la mano con la otra y te llevo al baño. Una vez dentro y cierro la puerta, me doy cuenta de un problema evidente. “¡Qué...! ¡Nuestro *armario* es más grande que esto!”, digo .

“No cuando está lleno con tus vestidos”, bromeas.

Ya lo sabrías, ya que es uno de tus escondites favoritos cuando jugamos al escondite. Ignoro el comentario y miro a mi alrededor intentando averiguar cómo hacerlo. Nunca antes había tenido que cambiar un pañal en un avión.

“Supongo que tendremos que hacer esto de pie”, digo, sin ver otra opción.

Al menos no eres un bebé ni un niño pequeño, lo que probablemente lo haría casi imposible. Te levanto y te pongo de pie sobre la tapa del inodoro para que estés a una buena altura y pueda trabajar contigo. Tú, amablemente, agarras el dobladillo de tu falda

(sabía que la falda sería una buena idea; facilita mucho cualquier cambio de pañal) y la subes del todo para apartarla, mientras yo saco lo que necesitaremos de la pañalera.

"¿Podemos saltarnos el aceite de bebé?"

Pareces decepcionado.

"Sólo si me dan un masaje extra largo en el hotel", negocias, a lo que acepto de inmediato.

Te quito las cintas del pañal y te lo aparto de la piel. Luego agarro unas toallitas húmedas y te limpio lo mejor que puedo en ese espacio tan reducido. Asientes cuando te pregunto si lo he limpiado todo. Espolvoreo un poco de talco en la mano y te lo aplico suavemente en la piel, y finalmente te pongo un pañal limpio. Te has quedado completamente quieta. Si hubiera estado lidiando con un niño pequeño que se movía, no sé cómo habría sido posible.

"¡Ahí está!" dices con una sonrisa, volviendo a colocar tu falda en su lugar.

"Ahí estás", acepto, dándote una palmadita en el trasero antes de levantarte del asiento del inodoro y volver a colocarte en el suelo.

Más tarde, después de aterrizar y bajar del avión, tengo que contener la risa cuando pasas a toda velocidad junto a la azafata, con la esperanza de no tener que soportar nada más de ella. Sigues soportando más sonrisas y guiños de la gente en el aeropuerto mientras nos dirigimos a recoger el equipaje y luego a los coches de alquiler. Para cuando llegamos, ya te escondes detrás de mí.

### Capítulo 3 - La tarde

Mientras vamos en coche camino al hotel, te veo rebuscando en la pañalera. Estoy a punto de preguntarte qué buscas cuando sacas el chupete y te lo metes en la boca, sacando su estuche especial.

Una vez en el hotel, no tenemos mucho tiempo antes de que tengamos que encontrarnos con unos amigos para cenar. Me deslizo al baño para un cambio rápido de pañal, mientras tú te cambias de ropa en la habitación de afuera, diciéndome que tu pañal está bien por ahora. Para cuando salgo, ya llevas un vestido de noche negro, el pelo impecablemente peinado y te estás aplicando el poco maquillaje que usas en el espejo de la pared. Después, guardas el compacto y un pañal extra en tu bolso a juego.

—Recuerda —le advierto—. Tienes que ser...

"Lo sé, lo sé...", me interrumpes, poniendo los ojos en blanco. "Tengo que ser adulta".

Y lo eres. Como siempre, pasas fácilmente de tu rol de niña a tu rol de adulta, y durante el resto de nuestra velada, eres la perfecta "*Esposa de Predicador*". Siempre me pregunto qué te gusta más actuar: ¿tu rol de niña pequeña o tu rol de adulta?

Y una vez que volvemos al motel, vuelves a tu estado de niña con la misma facilidad, en cuanto te quitas la ropa y te metes en la bañera. Me salpicas juguetonamente un par de veces, hasta que finalmente estoy tan mojada que me desvisto y me baño contigo, que probablemente era lo que querías desde el principio. Cuando terminamos y nos secamos, te sientas en la cama envuelta en una toalla y me miras mientras agarro un pañal. Después de desdoblarlo y colocarlo debajo de mí, de repente siento una presencia y levanto la vista para encontrarte de pie sobre mí. Tienes el talco para bebés en la mano, que me espolvoreas antes de agacharte y ajustar el pañal. Luego lo rodeas con cinta adhesiva y dices lo mismo de siempre cuando termino de cambiarte...



"¡Allá!"

Sonrío y te doy las gracias, y nos intercambiamos. Una vez en la cama, te digo que te pongas boca abajo. Sonríes al ver que llevo el aceite de bebé en la mano. En el avión, te prometí un masaje extra largo, y ahora lo consigues, mientras uso el aceite de bebé y te froto la piel y los músculos por cada centímetro cuadrado de tu cuerpo. Estás en un estado de completa felicidad cuando te pongo el pañal y el camisón.

Miras la cuna con desagrado, pero entras sin protestar. Te doy a Fluffy y tu biberón, y una hora después, cuando apago la tele, parece que ya estás dormida. En algún momento de la noche, siento movimiento y, al abrir los ojos, te miro fijamente.

"Me siento sola en la cuna", susurras, abriendo mucho los ojos y entristeciéndote. "¿Puedo..."

Retiro las sábanas y te acuestas felizmente a mi lado. Te miro hermosa, incluso después de unas horas de sueño, y me inclino para besarte suavemente en los labios. Tu lado de niña grande reacciona, y por un rato, antes de quedarnos dormidas, me demuestras que *no* dormir en la cuna fue una buena idea para ambas. No necesito dulces sueños mientras duermo, porque mientras esté casada contigo, mi vida es como un dulce sueño. Cuando duermo, solo pierdo tiempo que podría pasar contigo.

Cuando me despierto, me doy cuenta de que estoy chupando tu chupete.

"No me pude resistir", dices con una risita. "Era una oportunidad demasiado linda como para dejarla pasar".

Me encojo de hombros y decido quedármelo mientras preparo mi sermón. De todas formas, siempre termino mordiendo la punta de un bolígrafo por la concentración; esto tiene que ser mejor para mí.



## Capítulo 4 – Domingo

—Qué lástima que no puedo dejarte en la guardería —  
bromeo.

No es algo nuevo que hayamos hecho antes. Lo hicimos una vez, en una congregación donde estábamos seguros de que nadie nos conocía. Pero aquí, la gente ya sabía quiénes éramos, así que tendríamos que volver a ser adultos. Quienes aún no nos conocían quizá se sorprendieran un poco al principio por nuestra altura y apariencia juvenil, pero lo superaron enseguida en cuanto hablaron con nosotros.

Llevaste uno de nuestros vestidos favoritos. Digo "nuestro" porque tengo uno a juego. Es verde y satinado, con encaje y ribetes blancos. Una vez dijiste que el único problema era cambiar el pañal, y es muy cierto. La falda larga es una tarea bastante pesada para otra persona, y hacerlo tú misma debe ser casi imposible. Ojalá hubiera podido usar el mío también, pero probablemente no funcionaría bien.

La clase de Biblia que me pidieron impartir va bastante bien, y luego tenemos el servicio de adoración y me animo con el sermón. Los busco a cada instante en busca de ánimo, agradecido a Dios por este precioso regalo que me ha dado. Al final, incluso recibo algunas respuestas.

Al final, camino hacia atrás como siempre. Olvidé decirte que voy a hacer esto, así que te quedas en tu asiento cerca del frente. Por eso, nos separamos unos minutos al final, cuando las señoras de la iglesia se te acercan para ver cómo eres. Esto te hace decir: *«Ojalá me dijeras cuándo vas a hacer algo así»* una vez que subimos al coche. Me siento mal porque sé que las señoras de la iglesia son más duras contigo que los ancianos conmigo.

Una de las parejas nos ha invitado a comer con ellos. De camino al restaurante, me confiesas que necesitas encontrar la manera de cambiarte el pañal. Te sugiero que uses el baño cuando

lleguemos, pero me respondes: "¿Alguna vez has visto a una mujer ir sola al baño cuando hay otra?".

Me doy cuenta de que es cierto, así que les hago señas a los que seguimos, y cuando se detienen, les sugiero que paremos primero en el motel, ya que está de camino. Les digo que tienes dolor de cabeza y que olvidaste poner la aspirina en el bolso.

Tras una breve parada, te ves muy aliviada mientras vamos a comer a casa de Ryan. Un par de veces, mientras estábamos allí, te pillo mirando las tronas y a los bebés con baberos y biberones. Sé que te gustaría un poco de tiempo para relajarte, pero por desgracia, no tenemos oportunidad, ya que ahora nos invitan a pasar la tarde en su casa. Nadie querría volver a un motel toda la tarde, han razonado.

Veo fútbol y te ves obligada a pasar el resto de la tarde hablando. Empiezas a verte aturdida, así que me disculpo educadamente, diciéndoles que necesito volver a nuestra habitación a estudiar mi sermón vespertino. En cuanto volvemos, te quitas el vestido, te cambio el pañal y te acuesto en la cuna para una siesta corta. Te ves tan linda, solo con pañal, acurrucada con Fluffy y chupándote el chupete.

Cuando ya casi es hora de irnos, te despierto y te cambio el pañal una vez más. Luego te pones una blusa azul y la falda que usaste ayer. Después de mirarte al espejo, te das cuenta de que eso no funcionará, ya que casi se te ven los pañales en esa falda, y eliges otra.

Regresamos a la iglesia y encontramos (como siempre) la mitad de gente que esta mañana. El servicio, menos formal, sale bien, y después de la charla habitual después del servicio, volvemos al motel. Te doy otro baño y, como te portaste tan bien hoy, te doy un masaje corporal completo con aceite de bebé. Casi te duermes cuando te metes en la cuna y esta vez duermes toda la noche.

## Capítulo 5 - De regreso a casa

Por la mañana estás un poco más inquieto de lo normal y te quejas de lo que estoy haciendo.

" Pero, ¡ Paa ...

"¿No recuerdas el baño del avión?", te recuerdo. Te encoges de hombros. "Creo que será mejor si no tenemos que repetir esa experiencia", decido, deslizando el pañal "agujereado" debajo de tu trasero, ajustándote bien. Después, pongo un segundo pañal, asegurándome de que cubra completamente el primero. Si antes no parecías un bebé con pañales, ahora sí que lo pareces, ya que el grosor acentúa lo que llevas puesto.

Termino con una blusa y un jersey muy monos, aunque veo que no estás muy contenta con el doble pañal.

"Me hace andar raro", te quejas cuando te pregunto por qué. Te ofrezco a llevarte en un cochecito, pero parece que no le ves la gracia. Aceptas el chupete para consolarte un poco cuando te lo ofrezco.

Para cuando nos vamos, creo que empiezo a verte sonreír. Nunca has sido muy madrugador, y a veces tarda un poco en desaparecer tu mal humor matutino.

Sin embargo, vuelve al llegar al aeropuerto. En el detector de metales, simplemente no es tu día. Ya te quitaste los zapatos por las regulaciones y estás seguro de que no llevas nada en el bolsillo del jersey. Luego, se fijan en tus pasadores, luego en tu reloj y pulsera, e incluso en tus gafas, y aun así, el detector se activa. Me doy cuenta de que tienes botones y broches metálicos en el jersey, y decido guardarme esta información; probablemente me culparás del problema.

Finalmente, deciden hacer un registro y, por supuesto, pides un registro privado (lo que sorprende a los guardias, que pensaban que no eras mucho más que un bebé). También pides una mujer, así

que tardan un momento en encontrarla. Mientras tanto, todos nos miran fijamente. Quizás piensen que escondí un 357 en tu pañal o algo así.

La guardia te pasa la varita y revisa varias zonas importantes. Finalmente, te pide que te levantes el jersey. Lo haces, despacio y muy avergonzado. Por supuesto, no dice nada sobre tus pañales y luego nos autoriza a continuar. Tu cara permanece roja durante al menos diez minutos. No parece mejor hasta que te compre un moca de chocolate blanco.

Tu cara vuelve a mostrar inquietud al subir al avión. ¿Estará ahí otra vez la azafata pesada? Tuviste suerte y no está, ni las demás se le parecen en nada. Para cuando nos traen las bebidas, ya te sientes lo suficientemente segura como para usar el biberón, y después, incluso me admites que quizás el pañal doble no fue tan mala idea después de todo. Ahora, ojalá yo también hubiera tenido la previsión de usar uno.

Cuando bajamos del avión y caminamos hacia la recogida de equipaje, noto que empiezas a arrastrar los pies. No creo que sea solo por el pañal doble, así que me vuelvo hacia ti y te pregunto: "¿Te estás cansando, cariño?". Entonces me doy cuenta de lo que estamos pasando.

"Eh... no... Eh... es que..." Te sonrojas y miras los baños. De hecho, incluso tienen una sala familiar.

"¿Qué pensaste?", pregunto, sonriendo inocentemente. Me haces pucheros, aunque sabes que te lo voy a hacer decir. *Siempre* te lo obligo a decir.

—Yo... ah, vale. Necesito que me cambien el pañal —dices, poniendo los ojos en blanco.

"Ah, ya veo", bromeo, llevándote al baño. De hecho, yo también me siento aliviada. "¿Guardaste uno de mis pañales ahí?", pregunto, y asientes y te ríes.

Veo que no estás nada cansado (con razón, dormiste la mitad del vuelo), y probablemente intentarás convencerme de ir a comprar tus regalos de cumpleaños hoy. Claro, pienso en la paliza de cumpleaños, y si crees que solo recibirás 4, ¡te espera una sorpresa!

***Si te gustó este libro , consulta el catálogo completo en  
[www.abdiscovery.com.au](http://www.abdiscovery.com.au)***